





Homero, *Ilíada*



Alessandro Baricco

Homero, Iliada

Traducción de Xavier González Rovira



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Omero, Iliade
Giangiaco Feltrinelli Editore
Milán, 2004

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Opalworks

Primera edición en «Panorama de narrativas»: mayo 2005
Primera edición en «Compactos»: mayo 2010
Segunda edición en «Compactos»: octubre 2011
Tercera edición en «Compactos»: noviembre 2012
Cuarta edición en «Compactos»: enero 2014
Primera edición en «Compactos» impresa en Argentina: septiembre 2014

© De la traducción, Xavier González Rovira, 2005
© Alessandro Baricco, 2004
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2005
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7383-2
Depósito Legal: B. 39420-2011

La presente edición ha sido realizada
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina

Artes Gráficas Rioplatense S.A. - Ciudad de Buenos Aires

Unas pocas líneas para explicar el origen de este texto. Hace un tiempo pensé que sería hermoso leer en público, durante horas, toda la *Iliada*. Cuando encontré a quienes estaban dispuestos a producir dicha empresa (RomaEuropa festival, al que se añadieron posteriormente TorinoSettembreMusica y Musica per Roma), enseguida comprendí claramente que, en realidad, tal y como estaba, el texto era ilegible: se requerirían unas cuarenta horas y un público en verdad muy paciente. Así que pensé en intervenir en el texto para adaptarlo a una lectura pública. Había que elegir una traducción –entre las muchas, autorizadas, que hay disponibles en italiano– y elegí la de Maria Grazia Ciani (Edizioni Marsilio, Venecia, 1990, 2000)¹ porque estaba en prosa y porque, estilísticamente, se encontraba cerca de mi manera de pensar. Y luego efectué una serie de intervenciones.

1. Para nuestra traducción hemos utilizado puntualmente la siguiente versión: Homero, *Iliada*, Madrid, Gredos, 1991 (B. C. G., n.º 150, traducción, prólogo y notas de Emilio Crespo Güemes). (*N. del T.*)

En primer lugar, practiqué una serie de cortes para reconducir la lectura a una duración compatible con la paciencia del público moderno. No corté, casi nunca, escenas completas, sino que me limité, en lo posible, a eliminar las repeticiones, que en la *Iliada* son numerosas, y a aligerar un poco el texto. Intenté no resumir nunca, sino más bien crear secuencias más concisas utilizando secciones originales del poema. Por ello, aunque los ladrillos son los homéricos, la pared resultante es más esencial.

He dicho que no corté casi nunca escenas completas. Ésta es la regla, pero tengo que mencionar la excepción más evidente: corté todas las apariciones de los dioses. Como se sabe, los dioses intervienen bastante a menudo en la *Iliada* para encarrilar los acontecimientos y sancionar el resultado de la guerra. Son tal vez las partes más ajenas a la sensibilidad moderna y a menudo rompen la narración, desaprovechando una velocidad que, en caso contrario, sería excepcional. De todas maneras no las habría quitado si hubiera estado convencido de que eran necesarias. Pero —desde un punto de vista narrativo, y sólo desde ese punto de vista— no lo son. La *Iliada* tiene una fuerte osamenta laica que sale a la superficie en cuanto se pone a los dioses entre paréntesis. Detrás del gesto del dios, el texto homérico menciona casi siempre un gesto humano que reduplica el gesto divino y lo reconduce, por decirlo así, hasta el suelo. Aun cuando los gestos divinos remitan a lo inconmensurable que se asoma a menudo en la vida, la *Iliada* muestra una sorprendente obstinación en buscar, sea como sea, una lógica de los acontecimientos que tenga al hombre como último artífice. Si se elimina consecuentemente a esos dioses del texto, lo que queda no es tanto un mundo huérfano e inexplicable cuanto una historia humanísima en la que los hombres viven su propio destino como podrían

leer un lenguaje cifrado cuyo código conocen, casi en su integridad. En definitiva, suprimir los dioses de la *Iliada* posiblemente no es un buen sistema para comprender la civilización homérica, pero me parece un sistema óptimo para recuperar esa historia, trayéndola hasta la órbita de las narraciones que nos son contemporáneas. Como decía Lu-kács, la novela es la epopeya de un mundo abandonado por los dioses.

La segunda intervención que realicé fue respecto al estilo. De entrada, la propia traducción de Maria Grazia Ciani utiliza un italiano vivo, más que una jerga de filólogos. Intenté seguir en esa dirección. Desde un punto de vista léxico intenté eliminar todas las asperezas arcaicas que nos alejan del corazón de las cosas. Y luego busqué un ritmo, la coherencia de un paso, la respiración de una velocidad particular y de una lentitud especial. Lo hice porque creo que acoger un texto que viene desde tan lejos significa, sobre todo, cantarlo con la música que es nuestra.

La tercera intervención es más evidente, aunque al final no sea tan importante como parece. He pasado la narración a primera persona. Elegí una serie de personajes de la *Iliada* y les hice relatar la historia, sustituyendo con ellos al narrador externo, homérico. En gran parte es un asunto meramente técnico: en lugar de decir «el padre cogió a la hija entre sus brazos», en mi texto es la hija la que dice «mi padre me cogió entre sus brazos». Es evidentemente una precaución dictada por el objetivo final del trabajo: en un espectáculo de lectura pública, proporcionarle al lector un mínimo de personajes en el que apoyarse lo ayuda a no diluirse en la impersonalidad más aburrida. Y para el público de hoy recibir la historia de quien la ha vivido hace más fácil el ensimismamiento.

Cuarta intervención: naturalmente, no resistí la tenta-

ción e hice algunas, pocas, adiciones al texto. Aquí, en letra impresa, las encontraréis en cursiva, de manera que no existan equívocos: son como restauraciones declaradas, en acero y cristal, sobre una fachada gótica. Cuantitativamente, son intervenciones que cubren un porcentaje mínimo del texto. Por regla general, llevan hasta la superficie matices que la *Iliada* no podía nombrar en voz alta, sino que escondía entre líneas. A veces traen teselas de esa historia transmitidas por otras narraciones posteriores (Apolodoro, Eurípides, Filóstrato). El caso más evidente, pero en cierto modo anómalo, es el último monólogo, el de Demódoco. Como es sabido, la *Iliada* acaba con la muerte de Héctor y con la restitución de su cuerpo a Príamo: no hay rastro del caballo ni de la caída de Troya. Pensando en una lectura pública, sin embargo, me parecía pérfido no explicar cómo había terminado, finalmente, esa guerra. Así que tomé una situación que procede de la *Odisea* (libro VIII; en la corte de los feacios, un viejo aedo, Demódoco, canta la caída de Troya frente a Ulises), y aboqué en su interior, por decirlo así, la traducción de algunos fragmentos de *La toma de Ilio* de Trifodoro: un libro, no exento de cierta elegancia poshomérica, que se remonta al siglo IV después de Cristo.

El texto así obtenido fue leído de manera efectiva en público en Roma y Turín, en otoño de 2004, y posiblemente volverá a ser leído en un futuro, cada vez que algún productor osado encuentre el dinero para hacerlo. Me gustaría añadir, para que quede constancia, que a las dos lecturas asistieron (pagando) más de diez mil personas, y que la radio italiana transmitió en directo el espectáculo de Roma, lo que supuso una gran satisfacción para múltiples automovilistas y sedentarios de todo tipo. Se verificaron numerosos casos de personas que permanecieron en el co-

che durante horas, quietas en su aparcamiento, porque eran incapaces de apagar la radio. Bueno, a lo mejor sólo fue porque estaban hartos de su familia, pero en fin, lo que quería decir es que la cosa funcionó muy bien.

Ahora el texto de esta extraña *Iliada* está a punto de ser traducido a numerosas lenguas, en diversas partes de este mundo. Me doy cuenta de que esto es añadir paradoja sobre paradoja. Un texto griego traducido al italiano que es adaptado en otro texto italiano y, al final, traducido, pongamos, al chino. Borges se habría frotado las manos. La posibilidad de perder aunque sólo sea la fuerza del original homérico es indudablemente elevada. No sé imaginarme qué va a pasar. Pero me apetece saludar con afecto a los editores y los traductores que han decidido embarcarse en una empresa como ésta: siento que son mis compañeros de viaje en una de las aventuras más peregrinas que uno podría vivir.

A la gratitud que les debo, deseo añadir el homenaje a tres personas que me han ayudado muchísimo durante la gestación de este texto. Probablemente, todavía estaría pensando si hacer la *Iliada* o *Moby Dick* si Monique Veaute no hubiera decidido, con ese optimismo que la hace inigualable, que *primero* haría la *Iliada* y *luego* *Moby Dick*. Todo lo que sé ahora sobre la *Iliada*, y que antes no sabía, se lo debo enteramente a Maria Grazia Ciani: ha seguido esta extraña empresa con una benevolencia que no me habría esperado. Si, finalmente, esta empresa ha acabado siendo un libro se lo debo de nuevo, otra vez, al esmero de Paola Lagossi, mi maestra y amiga.

A. B., marzo de 2005



Homero, Iliada



Todo empezó en un día de violencia.

Hacía nueve años que los aqueos asediaban Troya: a menudo necesitaban víveres, o animales, o mujeres, y entonces abandonaban el asedio e iban a procurarse lo que querían saqueando las ciudades vecinas. Ese día le tocó a Tebas, mi ciudad. Nos lo robaron todo y se lo llevaron a sus naves.

Entre las mujeres a las que raptaron estaba yo también. Era hermosa: cuando, en su campamento, los príncipes aqueos se repartieron el botín, Agamenón me vio y quiso que fuera para él. Era el rey de reyes, y el jefe de todos los aqueos: me llevó a su tienda, y a su lecho. Tenía una mujer, en su patria. Se llamaba Clitemnestra. Él la amaba. Ese día me vio y quiso que fuera para él.

Pero algunos días después, llegó al campamento mi padre. Se llamaba Crises, era sacerdote de Apolo. Era un anciano. Llevó espléndidos regalos y les pidió a los aqueos que, a cambio, me liberasen. Ya lo he dicho: era un anciano y era sacerdote de Apolo: todos los príncipes aqueos, después de haberlo visto y escuchado, se pronunciaron a favor de aceptar el rescate y de honrar a la noble figura que

había venido a suplicarles. Sólo uno, entre todos, no se dejó encantar: Agamenón. Se levantó y brutalmente se lanzó contra mi padre diciéndole: «Desaparece, viejo, y no vuelvas por aquí nunca más. Yo no liberaré a tu hija: envejecerá en Argos, en mi casa, lejos de su patria, trabajando en el telar y compartiendo mi lecho. Ahora márchate si es que quieres salvar el pellejo.»

Mi padre, aterrado, obedeció. Se marchó de allí en silencio y desapareció donde estaba la ribera del mar, se diría que *en* el ruido del mar. Entonces, de repente, sucedió que muerte y dolor se abatieron sobre los aqueos. Durante nueve días, muchas flechas mataron a hombres y animales, y las piras de los muertos brillaron sin tregua. Al décimo día, Aquiles convocó al ejército a una asamblea. Delante de todos dijo: «Si esto sigue así, para huir de la muerte nos veremos obligados a coger nuestras naves y regresar a casa. Preguntemos a un profeta, o a un adivino, o a un sacerdote, que sepa explicarnos qué está ocurriendo y pueda liberarnos de este azote.»

Entonces se levantó Calcante, que era el más famoso de los adivinos, que conocía las cosas que fueron, las que son y las que serán. Era un hombre sabio. Dijo: «Tú quieres saber el porqué de todo esto, Aquiles, y yo te lo diré. Pero jura que me defenderás, pues lo que diré podría ofender a un hombre con poder sobre todos los aqueos y al que todos los aqueos obedecen. Yo arriesgo mi vida: tú jura que la defenderás.»

Aquiles le respondió que no tenía nada que temer, sino que debía decir lo que sabía. Dijo: «Mientras yo viva nadie entre los aqueos osará levantar la mano contra ti. Nadie. Ni siquiera Agamenón.»

Entonces el adivino se dio ánimos y dijo: «Cuando ofendimos a aquel viejo, el dolor cayó sobre nosotros.

Agamenón rechazó el rescate y no liberó a la hija de Crises: y el dolor cayó sobre nosotros. Sólo hay un modo de apartarlo: devolver a esa chiquilla de vivaces ojos antes de que sea demasiado tarde.» Así habló, y luego fue a sentarse.

Entonces Agamenón se levantó, con su ánimo lleno de negro furor y los ojos encendidos por relámpagos de fuego. Miró con odio a Calcante y dijo: «Oh, adivino de desventuras, jamás has tenido una buena profecía para mí: tan sólo te gusta revelar las desgracias, nunca el bien. Y ahora quieres privarme de Criseida, la que para mí es más grata que mi propia esposa, Clitemnestra, y que con ella podría rivalizar en belleza, inteligencia y nobleza de espíritu. ¿Tengo que devolverla? Lo haré, porque quiero que el ejército se salve. Lo haré, si así tiene que ser. Pero preparadme de inmediato otro presente que pueda sustituirla, porque no es justo que sólo yo, de entre los aqueos, me quede sin botín. Quiero otro presente, para mí.»

Entonces Aquiles dijo: «¿Cómo podemos encontrar otro presente para ti, Agamenón? Ya está repartido todo el botín, no es lícito volver atrás y empezar otra vez desde el principio. Devuelve a la chiquilla y te pagaremos el triple o el cuádruple en cuanto tomemos Ilio.»

Agamenón movió la cabeza. «No me engañas, Aquiles. Tú quieres quedarte con tu botín y dejarme a mí sin nada. No, yo devolveré a esa chiquilla, pero luego vendré a coger lo que me plazca, y a lo mejor se lo cogeré a Ayante, o a Ulises, o a lo mejor te lo cogeré a ti.»

Aquiles lo miró con odio: «Hombre desvergonzado y codicioso», dijo. «¿Y tú pretendes que los aqueos te sigan en la batalla? Yo no vine hasta aquí para luchar contra los troyanos, porque ellos a mí no me hicieron nada. Ni me robaron bueyes o caballos, ni destruyeron mis cosechas: montañas llenas de sombra separan mi tierra de la suya, y

un mar fragoroso. Es por seguirte a ti por lo que estoy aquí, hombre sin vergüenza, para defender el honor de Menelao y el tuyo. Y tú, bastardo, cara de perro, ¿te olvidas de ello y me amenazas con quitarme el botín por el que tanto sufrí? No, será mejor que me vuelva a casa antes que permanecer aquí dejando que me deshonren y luchando para proporcionarte a ti tesoros y riquezas.»

Entonces Agamenón respondió: «Márchate, si es lo que deseas, no seré yo quien te suplique que te quedes. Otros ganarán honra a mi lado. Tú no me gustas, Aquiles: te atraen las riñas, la disputa y la guerra. Eres fuerte, es cierto, pero eso no es mérito tuyo. Vuelve si quieres a tu casa a reinar, no me importas nada de nada, y no tengo miedo de tu cólera. Es más, escucha lo que te digo: enviaré a Criseida con su padre, en mi nave, con mis hombres. Pero luego yo mismo en persona iré a tu tienda y me llevaré a la bella Briseida, tu botín, para que sepas quién es el más fuerte y para que todos aprendan a temerme.»

Así habló. Y fue como si hubiera golpeado a Aquiles en medio del corazón. Tanto fue así que el hijo de Peleo a punto estuvo de desenvainar la espada y sin duda habría matado a Agamenón si no hubiera dominado en el último instante su furor y dejado su mano sobre la empuñadura plateada. Miró a Agamenón y con rabia le dijo:

«¡Cara de perro, corazón de ciervo, bellaco! Te juro por este cetro que llegará el día en que los aqueos, todos, me añorarán. Cuando caigan bajo los golpes de Héctor, entonces me añorarán. Y tú sufrirás por ellos, pero nada podrás hacer. Sólo podrás acordarte de cuando ofendiste al más fuerte de los aqueos, y enloquecer por culpa del remordimiento y de la rabia. Llegará ese día, Agamenón. Te lo juro.»

Así habló, y tiró al suelo el cetro tachonado de oro.

Cuando la asamblea se disolvió, Agamenón botó una de sus naves, le asignó veinte hombres y puso al mando a Ulises, el astuto. Luego vino a donde yo estaba, me cogió por la mano y me acompañó a la nave. «Hermosa Criseida», dijo. Y dejó que yo volviera con mi padre y a mi tierra. Permaneció allí, en la orilla, mirando zarpar la nave.

Cuando la vio desaparecer en el horizonte, llamó a dos de sus escuderos de entre los más fieles a él y les ordenó que fueran a la tienda de Aquiles, que asieran por la mano a Briseida y que se la llevaran de allí. Les dijo: «Si Aquiles se niega a entregárosela, decidle entonces que iré yo mismo a cogérmela, y que para él será mucho peor.» Los dos escuderos se llamaban Taltibio y Euríbates. Ambos se encaminaron muy disgustados, bordeando la orilla del mar y al final alcanzaron el campamento de los mirmídones. Encontraron a Aquiles sentado junto a su tienda y a la negra nave. Se detuvieron delante de él y no dijeron nada, porque sentían respeto y miedo de aquel rey. Entonces fue él quien habló.

«Acercaos», dijo. «No sois vosotros los culpables de todo esto, sino Agamenón. Acercaos, no tengáis miedo de mí.» Luego llamó a Patroclo y le pidió que cogiera a Briseida y se la entregara a aquellos dos escuderos, para que se la llevaran. «Vosotros sois mis testigos», dijo mirándolos. «Agamenón está loco. No piensa en lo que sucederá, no piensa en el momento en que se me necesitará para defender a los aqueos y sus naves, no le importa nada ni del pasado ni del futuro. Vosotros sois mis testigos: ese hombre está loco.»

Los dos escuderos se pusieron en camino, remontando el sendero entre las naves veloces de los aqueos, varadas

en la playa. Detrás de ellos caminaba Briseida. Hermosa, caminaba triste, y de mala gana.

Aquiles los vio partir. Y entonces fue a sentarse, solo, en la ribera del mar blanco de espuma, y rompió a llorar, con esa infinita llanura frente a él. Era el señor de la guerra y el terror de todos los troyanos. Pero rompió a llorar y como un niño se puso a invocar el nombre de su madre. Desde lejos, entonces, vino ella, y se le apareció. Se sentó junto a él y se puso a acariciarlo. En voz baja, lo llamó por su nombre. «Hijo mío, ¿por qué te trajo a este mundo esta madre infeliz? Tu vida será breve, por lo menos pudieras pasarla sin lágrimas, y sin dolor...» Aquiles le preguntó: «¿Tú puedes salvarme, madre?, ¿puedes hacerlo?» Pero la madre tan sólo le dijo: «Escúchame: permanece aquí, cerca de las naves, y no vayas al campo de batalla. Guarda tu cólera hacia los aqueos y no cedas a tus deseos de guerra. Te lo digo: un día te ofrecerán espléndidos dones y te los darán por tres veces debido a la ofensa que has sufrido.» Luego desapareció y Aquiles permaneció allí, solo: su ánimo estaba lleno de cólera por la injusticia sufrida. Y su corazón se atormentaba a causa de la nostalgia que sentía por el grito del combate y el estrépito de la guerra.

Yo volví a ver mi ciudad cuando la nave, gobernada por Ulises, entró en el puerto. Amainaron las velas, luego a remo se acercaron hasta el fondeadero. Echaron las anclas y ataron las amarras de popa. Primero descargaron los animales para el sacrificio a Apolo. Luego Ulises me cogió de la mano y me condujo a tierra. Me llevó hasta el altar de Apolo, donde me esperaba mi padre. Me dejó ir y mi padre me cogió entre sus brazos, conmovido por la alegría.

Ulises y los suyos pasaron aquella noche cerca de su nave. Al alba, desplegaron las velas al viento y partieron de nuevo. Vi la nave corriendo ligera, con las olas rebullendo

de espuma a ambos lados de la quilla. La vi desaparecer en el horizonte. *¿Podéis imaginaros cómo fue mi vida a partir de entonces? De vez en cuando sueño con polvo, armas, riquezas y jóvenes héroes. Siempre es en el mismo sitio, en la orilla del mar. Huele a sangre y a hombres. Yo vivo allí, y el rey de reyes echa por la borda su vida y la de su gente, por mí: por mi belleza y mi gracia. Cuando me despierto está mi padre, a mi lado. Me acaricia y me dice: ya todo ha terminado, hija mía. Duerme. Ya todo ha terminado.*



Todos me conocían. Yo era el hombre más feo que había ido allí, al asedio de Troya: patizambo, cojo, los hombros encorvados y contraídos sobre el pecho; la cabeza picuda, cubierta por una rala pelusa. Era famoso porque me gustaba hablar mal de los reyes, de todos los reyes: los aqueos me escuchaban y se reían. Y, por eso mismo, los reyes de los aqueos me odiaban. *Quiero explicaros lo que yo sé, para que así también vosotros comprendáis lo que yo comprendí: la guerra es una obsesión de los viejos, que envían a los jóvenes a librarla.*

En su tienda, Agamenón dormía. De pronto, le pareció oír la voz de Néstor, que era el más viejo de todos nosotros, y el sabio más estimado, y escuchado. Esa voz decía: «Agamenón, hijo de Atreo, cómo es que estás aquí durmiendo, tú, que estás al mando de un ejército entero y que tantas cosas tendrías que hacer.» Agamenón no abrió los ojos. Pensó que estaba soñando. Entonces la voz se le acercó y le dijo: «Escúchame, tengo un mensaje de Zeus para ti: te mira desde lejos y siente pena y piedad por ti. Te ordena que armes de inmediato a los aqueos, porque hoy podrás apoderarte de Troya. Los dioses, todos, estarán de

tu parte, y sobre tus enemigos caerá la desgracia. No te olvides de ello, cuando la dulzura del sueño te abandone y tú te despiertes. No olvides el mensaje de Zeus.»

Luego la voz desapareció. Agamenón abrió los ojos. *No vio a Néstor, el anciano, que se alejaba silenciosamente de la tienda.* Pensó que había soñado. Y que en sueños se había visto vencedor. Entonces se levantó, se puso una suave túnica, nueva y hermosísima, y se echó un amplio manto encima. Se calzó las sandalias más bellas y se colgó de los hombros la espada tachonada con clavos de plata. Por último, cogió el cetro de sus ancestros y aferrándolo se encaminó hacia las naves de los aqueos, mientras la Aurora anunciaba la luz a Zeus y a todos los inmortales. Dijo a sus heraldos que convocaran a asamblea con voz sonora a los aqueos, y cuando todos estuvieron reunidos, llamó en primer lugar a los nobles príncipes del consejo. Les explicó lo que había soñado. Luego dijo: «Hoy armaremos a los aqueos y atacaremos. Antes, sin embargo, quiero poner a prueba al ejército, estoy en mi derecho. Diré a los soldados que he decidido volver a casa y renunciar a la guerra. Vosotros intentaréis convencerlos de que se queden y de que sigan luchando. Quiero ver qué es lo que sucede.»

Los nobles príncipes permanecieron en silencio, sin saber qué pensar. Luego se levantó Néstor, el anciano, precisamente él. Y dijo: «Amigos, príncipes y caudillos de los aqueos, si llegara uno cualquiera de nosotros y nos relatará un sueño como éste, no seguiríamos escuchándolo y pensaríamos que nos estaba mintiendo. Pero aquel que lo ha soñado se jacta de ser el mejor entre los aqueos. Por eso mismo os digo: vamos y armemos al ejército.» Luego se levantó y abandonó el consejo. Los otros lo vieron alejarse y, como siguiendo a su pastor, todos se levantaron a su vez y se marcharon a reunir a sus huestes.

Como cuando del agujero de una roca salen compactos los enjambres de abejas, uno tras otro, yendo en racimos sobre las flores de primavera y se alejan volando de aquí para allá, así de compactas eran las hileras de hombres que, salidos de las tiendas y de las naves, se dispusieron en masa frente a la orilla del mar, para la asamblea. La tierra retumbaba bajo sus pies y por todas partes reinaba el estruendo. Nueve heraldos, gritando, intentaban hacer que cesara el clamor para que todos pudiéramos oír la voz de los reyes que iban a hablar. Al final lograron que todos nos sentáramos y que cesara el estruendo. Entonces Agamenón se levantó. Aferraba en su puño el cetro que mucho tiempo antes había fabricado Hefesto. Hefesto se lo había entregado a Zeus, hijo de Cronos; y Zeus se lo dio a Hermes, el mensajero veloz. Hermes se lo entregó a Pélope, domador de caballos, y Pélope a Atreo, pastor de pueblos. Atreo, al morir, se lo dejó a Tiestes, rico en rebaños, y de Tiestes lo había recibido Agamenón, para que reinase sobre Argos y sobre las innumerables islas. Era el cetro de su poder. Lo apretó y dijo: «Dánaos, héroes, escuderos de Ares. El cruel Zeus me ha condenado a una feroz desventura. Primero me prometió y juró que regresaría después de haber destruido Ilio, la de las bellas murallas, y ahora me ordena que regrese a Argos sin gloria y después de haber enviado a la muerte a tantos guerreros. ¡Qué vergüenza! Un ejército espléndido, inmenso, está batallando contra un ejército de pocos hombres y, a pesar de todo, el final todavía no está a la vista. Nosotros somos diez veces más numerosos que los troyanos, pero ellos tienen valiosos aliados que vienen de otras ciudades, y esto va impedirme al final que conquiste la hermosa Ilio. Nueve años han pasado. Desde hace nueve años nuestras esposas y nuestros hijos nos esperan en casa. La madera de las naves está podrida y no hay cuerda

que siga todavía tensa. Hacedme caso: huyamos en nuestras naves y volvamos a casa. Ya nunca conquistaremos Troya.»

Así habló. Y sus palabras nos golpearon en el corazón. La inmensa asamblea fue sacudida como un mar en plena borrasca, como un campo de trigo asolado por un viento de tempestad. Y vi a la gente precipitarse hacia las naves, gritando de alegría, levantando una inmensa nube de polvo. Unos a otros se animaban para coger las naves y arrastrarlas hasta el divino mar. Limpiaban los canales de las carenas y mientras estaban quitando ya los traveses de debajo de las quillas, otros elevaban el grito de su nostalgia. Fue en ese momento cuando vi a Ulises. El astuto. Permanecía inmóvil. No había ido hacia las naves. La angustia estaba devorándole el corazón. De pronto, arrojó su manto y corrió hacia donde estaba Agamenón. Le arrancó el cetro de la mano y sin mediar palabra se fue hacia las naves. Y a los príncipes del consejo se puso a gritarles: «Deteneos, ¿no recordáis lo que nos dijo Agamenón?, está poniéndolos a prueba, pero luego los castigará. ¡Deteneos, y ellos, en cuanto os vean, se detendrán!» Y a los soldados con los que se cruzaba los golpeaba con el cetro mientras les gritaba: «¡Quedaos aquí, locos!, no huyáis, no sois más que unos ruines y cobardes, mirad a vuestros príncipes y aprended de ellos.» Al final consiguió detenerlos. Desde las naves y las tiendas la multitud retrocedió nuevamente, parecía el mar cuando brama adelante y atrás en la orilla, haciendo retumbar todo el océano. Fue entonces cuando decidí que yo también tenía que decir la mía. Allí, delante de todo el mundo, ese día, me puse a gritar: «¡Eh, Agamenón!, ¿qué demonios quieres, de qué te quejas? Tu tienda está llena de bronce, está llena de mujeres hermosísimas: las que *tú* eliges cuando *nosotros* te las ofrecemos después de haberlas

raptado de sus casas. ¿Tal vez desees más oro, ese que los padres troyanos te traen para rescatar a los hijos que *nosotros* hacemos prisioneros en el campo de batalla? ¿O es una nueva esclava lo que quieres, una esclava para llevártela al lecho, y para quedártela toda para ti? No, no es justo que un jefe lleve a la ruina a los hijos de los dánaos. Compañeros, no seáis cobardes, volvámonos a casa y a ese de ahí dejémoslo aquí, en Troya, disfrutando de su botín, que vea de una vez si le éramos útiles o no. Ha ofendido a Aquiles, que es un guerrero mil veces más fuerte que él. Le ha quitado su parte del botín y ahora lo retiene en su poder. Eso no es cólera, porque si Aquiles en verdad ardiera de cólera, tú, Agamenón, no estarías aquí afrentándonos de nuevo.» Los aqueos me escuchaban atentamente. Muchos de ellos albergaban enojo contra Agamenón debido a aquella historia suya con Aquiles. Por eso me escuchaban con atención. Agamenón no dijo nada. Pero Ulises sí, se acercó a mí. «Hablas bien», me dijo, «pero hablas como un estúpido. Tú eres el peor, ¿lo sabes, Tersites? El peor de cuantos guerreros han venido hasta las murallas de Ilio. Te diviertes insultando a Agamenón, el rey de reyes, sólo por los muchos regalos que le habéis traído los guerreros aqueos. Pero yo te digo, y te juro, que si te sorprendo de nuevo diciendo sandeces como ésas, te agarraré, te arrancaré las ropas —el manto, la túnica, todo— y te enviaré desnudo y lloroso a las naves, cubierto de heridas que den asco.» Así habló. Y empezó a golpearme con el cetro en los hombros y en la espalda. Me encorvé bajo los golpes. La sangre me goteaba, densa, sobre el manto, y me puse a llorar por eso: por el dolor y la humillación. Temeroso, me dejé caer al suelo. Con una mirada atontada permanecí allí, enjugando mis lágrimas, mientras todos, a mi alrededor, se reían de mí. Entonces Ulises levantó el cetro, se volvió hacia Agamenón

y, hablando con voz potentísima, de manera que todos lo oyeran, dijo: «Hijo de Atreo, los aqueos quieren hoy hacer de ti el más mísero de todos los mortales. Te habían prometido que vendrían para destruir la hermosa Ilio y, en cambio, ahora lloran como chiquillos, como miserables viudas, y piden regresar a sus casas. Cierto es que no puedo vituperarlos: hace nueve años que estamos aquí, cuando tan sólo un mes lejos de nuestras esposas bastaría para hacernos desear el regreso. Y, sin embargo, sería un deshonor inmenso abandonar el campo de batalla después de tanto tiempo y sin haber conseguido nada. Amigos, debemos seguir teniendo paciencia. ¿Os acordáis del día en que todos nos reunimos, en Áulide, para partir y venir a traer la destrucción a Príamo y los troyanos? ¿Recordáis qué fue lo que sucedió? Estábamos ofreciendo sacrificios a los dioses cerca de un manantial, bajo un bellissimo plátano luminoso. Y de pronto una serpiente con un lomo rojizo, un monstruo horrendo que el mismo Zeus había creado, apareció de debajo de los altares y reptó por el árbol. Había un nido de pájaros, ahí arriba, y ella ascendió hasta devorar todo lo que encontró: ocho polluelos y la madre. E inmediatamente después de haberlos devorado se convirtió en piedra. Nosotros vimos todo eso y nos quedamos sin habla. Pero Calcante, ¿os acordáis de lo que dijo Calcante? “Es una señal”, dijo. “Nos la ha mandado Zeus. Es un vaticinio de gloria infinita. Igual que la serpiente ha devorado a ocho polluelos y la madre, también nosotros deberemos combatir contra Ilio durante nueve años. Pero el décimo año tomaremos la ciudad de anchas calles.” Eso nos dijo. Y hoy veis cumplirse todo esto, ante vuestros ojos. Escuchadme, aqueos de buenas armaduras. No os marchéis. Permaneced aquí. Y conquistaremos la gran ciudad de Príamo.»